



Universidad Católica Andrés Bello
Centro de Investigación de la Comunicación
Red Venezolana de Comunicación y Cultura
Sala Virtual de Investigación Ramón José Velásquez

Autor: Velásquez, Ramón J.

Título: Agricultura

Publicación: Hechos

Fecha: sábado 22 de octubre de 1949

EL CAFE

Grandeza y decadencia de un imperio.

La frase se repite en las declaraciones de nuestros diligentes diplomáticos y en los textos escolares de J. A. Cova: "el café es el primer fruto de exportación venezolano". En realidad, la zona montañosa del país, las colinas y entrellanos de los tres Estados Andinos, extensos predios de Carabobo, Aragua y Miranda, tierras de Oriente están sembrados de cafetales. Innumerable es la población campesina que deriva del café, el sustento diario.

Antes de la aparición del petróleo, el eje de nuestra débil economía estaba constituido por ese fruto. Grandes riquezas se forjaron en el cultivo del perfumado grano, poblaciones enteras nacieron al amparo de la prosperidad que trajo al país el buen precio obtenido en los mercados internacionales. Baja del café significaba ruina de muchos, intranquilidad general, pobreza, caída de gobiernos, revoluciones victoriosas.

Sociólogos han tratado de explicar la triunfante aventura de los sesenta iniciada en el año de 1899, por Cipriano Castro y la posterior hegemonía de las regiones andinas en la política nacional, como expresión natural de la economía cafetera que en aquel momento, fines de siglo, llegaba a la plenitud de su dominio.

La liquidación del predominio cafetero, como consecuencia de la explotación del petróleo venezolano, trajo para los productores del grano y para los negociantes exportadores, el comienzo de tiempos definitivamente malos. El abandono de las haciendas por parte de los braceros que iban a lograr mejores salarios en los campos del aceite, la organizada competencia de Brasil y Colombia en los mercados europeos y norteamericanos, y la ausencia de toda política económica en los hombres de la Dictadura, fueron los signos más visibles de la catástrofe.

Merma y primas.

Y así comenzó la decadencia del imperio cafetero venezolano. Cada año, los informes estadísticos en el renglón de exportaciones acusaban descensos apreciables en el número de quintales de café

exportados. Quienes no entregaban su fundo al Banco o al comerciante local mediante hipoteca sin posible redención, se conformaban con trasladarse a la ciudad en busca de un cargo público, dejando la hacienda en manos de administradores descuidados.

Después de 1935, entre otras medidas inconexas e ineficaces adoptadas para modificar esta grave situación, se creó un Instituto Nacional del Café, de obra discutible, y se estableció una especie de prima para beneficio de productores y exportadores, bajo el nombre de "dollar- café".

Las asociaciones de productores en ningún momento lograron liquidar la crisis. El agricultor de la montaña no es partidario de luchar agremiado y su fondo individualista y desconfiado se revela contra la política de asambleas, revistas y peticiones que tiene que adoptar toda organización gremial. Si a esto se añade el criterio casi oficial que ha privado en los últimos quince años, según el cual el cultivo del café es anti-económico y de influencia negativa en los planes de reforma agraria, se explica mejor la situación. Reemplazar el café por oleaginosas ha sido el sueño y la consigna de más de un eminente hombre de Estado venezolano.

Ahora dos y un Congreso.

En los primeros días del mes, al titular del Ministerio de Agricultura, Dr. Rangel Lamus, caficultor, ganadero y político se le ocurrió proponer al Gobierno la creación del Fondo Nacional del Café. De acuerdo con la reglamentación que la Ley da al nuevo Fondo, este operara en forma parecida a la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia. Los productores vienen a ser los contribuyentes mediante el descuento de una cantidad dada que el Gobierno retirará de cada quintal vendido para la exportación.

Este decreto trajo como consecuencia, el renacimiento de la Asociación de Cafeteros que tenía años sin dar señales de vida. Su directiva está integrada casi en su totalidad por cafeteros de las regiones centrales del país.

Otro hecho notable producido por el mismo acto ejecutivo, fué la creación en esta semana, en San Cristóbal, de una Unión Nacional de Cafeteros de Venezuela, la cual aspira a controlar igualmente los productores de todo el país, mediante el sistema federativo.

Don Gustavo, un hombre de fé.

A lo largo de todos estos años del desastre cafetero, una sola voz se ha mantenido viva: la de Gustavo Brandt. Agricultor de los valles de Aragua, comerciante en Caracas, coleccionista de guacamayas y de objetos raros, no ha perdido oportunidad, venga o nó al caso, para pedir al gobierno de turno, una reconsideración de la actitud del Estado frente al problema cafetero venezolano. Una vez, recorrió todas las zonas cafeteras del país pronunciando un único discurso, en el cual invitaba a los del gremio, a plantear sus problemas y a pedir reivindicaciones. Para todos los casos tiene soluciones nacidas de su experiencia, contrastadas en años y años de ser productor y vendedor del grano.

Esta semana, con ocasión de la actividad paralela de estas dos organizaciones de productores que aspiran a controlar la marcha del Fondo, Brandt ha propuesto, con razones de peso, la convocatoria de un gran Congreso Nacional de Caficultores, en el seno del cual se disuelvan las organizaciones parciales que hoy quieren actuar en nombre de todos y del que surja el organismo capaz de controlar y dirigir los programas de transformación de la industria cafetera.